

pieza no es de Darío, si bien el *pastiche* haya sido hecho con maña y por un individuo astuto. Lo que pierde a D'Halmar es la cronología de sus viajes y la de los viajes de Darío. En suma, Augusto d'Halmar y Rubén Darío no se encontraron jamás, ni en América, ni en Europa, y en consecuencia Darío no pudo escribir el tal soneto. Los mineros de Asturias —a su turno— no pudieron intervenir en el viaje final de D'Halmar a Chile, como se prueba con la exhibición de los sucesos obvios que hemos intentado más arriba. Todo esto es clarísimo. Nada me agradaría tanto como saber que había terminado por ser igualmente claro para Enrique Espinoza.

R. S. C.

<https://doi.org/10.29393/At404-60LCTP10060>

La literatura chilena en los EE. UU. de América, de HOMERO CASTILLO.
Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1963

Un positivo servicio al mejor conocimiento de la literatura chilena ha prestado la Biblioteca Nacional al posibilitar la publicación de un acucioso escrutinio del profesor Homero Castillo, *La literatura chilena en los Estados Unidos de América*, permitiendo conocer en su exacta medida la resonancia de nuestra producción en el país del Norte.

Algunos fragmentos de esta bibliografía debida al profesor Castillo habían aparecido en los *Anales de la Universidad de Chile* y aunque continuamente aumenta debido al progresivo interés de estudiosos y especialistas, se hacía necesario formar un volumen al que deberá dotarse con el tiempo de apéndices y complementos. La Biblioteca Nacional bajo la dirección de Guillermo Feliú Cruz ha emprendido la tarea de imprimir libros cuya utilidad no es necesario recalcar.

El que nos ocupa se debe a un entusiasta divulgador de la literatura nacional en los Estados Unidos, donde ejerce cátedras de literatura hispanoamericana; fuera de sus funciones docentes ha publicado libros como *Relatos humorísticos* (1956), *Historia bibliográfica de la novela chilena* (1961), en colaboración con Raúl Silva Castro, y *El criollismo en la novelística chilena* (1962) y en revistas numerosos ensayos y artículos de crítica o estimación literaria. En medio de esos afanes no escapó al profesor Castillo que las letras chilenas no eran tan desdeñadas como parecía y lo comprueba a través de casi 1.400 fichas repartidas en secciones: textos, antologías, traducciones, crítica literaria, reseñas, historias de la literatura, monografías y diccionarios y tesis para graduados, todo en un lapso aproximado al medio siglo.

Naturalmente que las expresiones artísticas tienen su principal radio de acción en su país de origen y salvo excepciones traspasan las fronteras. En el caso de Chile lo que ha trascendido fuera de su territorio superó la barrera del idioma, la distancia, la desidia para fomentar su difusión y estudio por parte de autoridades y organismos nacionales. En los últimos decenios las cosas han tomado un cariz más favorable, a pesar que el gran público norteamericano ignora o no le interesa conocer nuestro desenvolvi-

miento intelectual. Aun, quienes se preocupan tienen a veces un concepto errado sobre la jerarquía existente en el mundo literario chileno; basta haber leído escritos sobre uno o varios autores nacionales para comprobar, con pesar, que a menudo no se ha propagado lo más representativo o calificado. Si en Chile existe una profunda crisis en cuanto a las categorías, confusiónismo y alarmante deshonestidad en el análisis y valoración de su literatura, lo que he sostenido alguna vez con fundadas razones, más justificable resulta esto en el extranjero, con prescindencia de la última característica, pues los investigadores proceden con buena fe y carecen de asesores.

De la bibliografía de Homero Castillo resaltan dos hechos claros: que algunos profesores chilenos han realizado en los Estados Unidos nutrida y sistemática obra en favor de la literatura chilena: Fernando Alegría, Salvador Dinamarca, Carlos D. Hamilton, Raúl Silva Castro, Arturo Torres-Rioseco, Víctor M. Valenzuela y el propio Homero Castillo, como así también algunos norteamericanos y residentes en esa nación: Alice Stone Blackwell, Angel Flores, Eugenio Florit, Dorothy Hayes de Hunneus, Willis Knapp Jones, entre otros que sería prolijo nombrar; y que autores de solvencia, como: Eduardo Barrios, Alberto Blest Gana, Vicente Huidobro, Mariano Latorre, Baldomero Lillo, José Toribio Medina, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Pedro Prado y Manuel Rojas han concentrado justificadamente la atención; la mayoría ha sido discreta u ocasionalmente mencionados y unos terceros ignorados por completo.

Este libro, impreso con pulcritud, cuenta sin embargo, con algunas erratas diseminadas a lo largo del texto; la ficha 1.220 ha sido saltada; el autor de "Ni por mar ni por tierra" no es Enrique Serrano, como aparece escrito sino Miguel, actual Embajador en Yugoslavia; "Pasión y epopeya de Halcón Ligero", de Benjamín Subercaseaux no fue publicado por Zig-Zag sino por Nascimento, detalles que no son trascendentales, pero que cabría remediar.

Es necesario agradecer efusivamente al profesor Homero Castillo el arduo y paciente trabajo para recoger, sistematizadas, todas las referencias disponibles y que en los Estados Unidos fueron, de una u otra manera, un incentivo de interés hacia nuestra literatura. Trabajos del rigor científico como éste contribuyen en forma eficaz a precisar sus contornos, en este caso la acogida brindada en otra nación, donde al menos una minoría sabrá que Chile no sólo produce cobre, posee bellezas naturales, carece de dictaduras y fue devastado por un terremoto.

T. P. M. H.

Bajo cielos extraños, de JORGE CORREA-UGARTE, Madrid, 1963

Ha hecho bien Jorge Correa-Ugarte al reunir con el título de "Bajo cielos extraños" un conjunto de artículos suyos publicados en la prensa en distintas épocas y sobre los más variados temas. No pocas personas se adelantarán a sostener que algunos de los temas tratados por el autor acaso carezcan de actualidad en el día de mañana, pero aquí no valdrá tal argumentación, pues revisten permanente interés en la mayoría de los casos.